

El texto y su espejo: La elaboración artística de un texto de Rulfo

Parece casi increíble lo que afirma Jorge Ruffinelli: «Los primeros textos de Juan Rulfo no pertenecían a la temática rural. Al contrario, una novela hoy perdida, de la cual proviene el fragmento conocido como «Un pedazo de noche», intentaba exorcizar la soledad del joven jalisciense que, como el autor desarraigado de su Jalisco natal, se enfrentaba a la ciudad de México¹.» El texto al cual se refiere Ruffinelli apareció en 1943 en la *Revista Mexicana de Literatura* y el propio Rulfo ha revelado lo que quería hacer en las páginas de su primer intento de escribir novela: «desahogarme por medio de la soledad en que había vivido, no en la ciudad de México, pero desde hace muchos años, desde que estuve en el orfanatorio²». Su segundo texto: «La vida no es muy seria en sus cosas», se publica en junio de 1945 y parece también pertenecer a la novela perdida *El hijo del desaliento*. Se ve en estos dos textos que Rulfo todavía no ha encontrado su auténtica voz narrativa. Hay que esperar unos meses: con los siguientes cuentos: «Nos han dado la tierra» y «Macario», que aparecen en julio y noviembre de ese mismo año de 1945, su carrera literaria toma otra dirección. En los siguientes diez años aparecerán casi todos los textos que ha publicado. En 1948 se lee en la revista *América* «La cuesta de las comadres», y dos años más tarde, en la misma revista, «Talpa» y «El llano en llamas». De modo que, cuando se publica «Diles que no me maten», en agosto de 1951, Rulfo lleva ya más de quince años escribiendo, han aparecido en revistas literarias siete narraciones y no es exagerado creer que el escritor jalisciense se siente en pleno dominio de su talento. Nótese que entre esos relatos se incluye casi la mitad de los cuentos que integrarán su primer libro. Hasta entonces, cuando se trata de temática urbana narra en tercera persona singular, pero al querer evocar situaciones,

¹ JORGE RUFFINELLI en el prólogo a JUAN RULFO, *Obra completa* (Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977), p. XVI.

² En REINA ROFFE, *Autobiografía armada* (Buenos Aires, Corregidor, 1973), p. 53.

escenas, personajes rurales, temas que reflejan ya no el ambiente de soledad que lo rodea en la ciudad, sino el desaliento que verdadera y más profundamente lo angustia, el que lleva en el sitio más recóndito del corazón, entonces escribe en primera persona. Sin embargo, su siguiente relato, «Diles que no me maten», aunque ocurra en el campo jalisciense, se narra en tercera persona; la primera persona singular no le sirve, puesto que quiere aumentar la distancia entre el autor y los hechos atroces que se ve obligado a narrar. Para Donald K. Gordon, «Diles que no me maten» debe clasificarse como narración trimodal: dichas narraciones «abarcaban monólogo, diálogo y narración del autor»³. Carlos Blanco Aguinaga lo considera uno de «los cuentos... dramáticos dialogados»⁴ aunque «el diálogo no es más que uno de los elementos narrativos en el cuento»⁵. Está dividido en cinco segmentos en que dos son nada más que diálogo y también los más importantes: en uno se hablan Juvencio Nava y su hijo Justino y en el segundo Juvencio y el Coronel Terreros, hijo del hombre al que Juvencio asesinó hace más de treinta y cinco años. Las dos escenas se yuxtaponen para contrastar: en la primera se explica la situación dramática —que se va a fusilar a Juvencio—, en la segunda se recuerda el crimen que para el Coronel justifica el fusilamiento. En este segmento, el coronel, severo, da la orden contundente sin poner los ojos en la víctima y a pesar de las súplicas incesantes: «Diles que no me maten». Curioso que estos segmentos dialogados, cronológicamente desplazados ya que el segundo ocurre antes que el primero, contengan toda la tensión dramática. En los otros segmentos —dos de ellos funcionan como *flashbacks* en que se detallan los acontecimientos de ese pasado que Juvencio quisiera olvidar— se vuelve hacia el principio de ese día fatal y luego se retrocede a un pasado remoto para describir los días anteriores y después los años posteriores al asesinato de Guadalupe Terreros. Cuando empieza el cuento, el protagonista ya se encuentra enjaulado en su situación: el destino lo ha alcanzado y le exige pagar el delito con su vida. El último segmento, mezcla de diálogo y narración, constituye un epílogo en que se revela que la pena de muerte se ha cumplido, que a Juvencio le han dado tantos tiros de gracia que Justino le tiene que cubrir la cara con un costal para que no cause mala impresión, y que finalmente se ha vengado la muerte del padre del Coronel.

Después de trabajar en «El hijo del desaliento», Rulfo quería narrar

³ DONALD K. GORDON, *Los cuentos de Juan Rulfo* (Madrid, Playor, 1976), p. 145.

⁴ «Realidad y estilo de Juan Rulfo», *Revista mexicana de Literatura* (septiembre-octubre, 1955), p. 61.

⁵ GORDON, D. 146.

«hechos biográficos sucedidos y tomados de la realidad y aplicados a otro individuo⁶». Algunos de estos hechos biográficos se refieren a gentes que el escritor había conocido durante su niñez y otros a gentes de quienes le habían contado «muchas historias»: «Me crié en San Gabriel y allí las gentes me contaron muchas historias: de espantos, de guerras y de crímenes⁷.» Está claro que en esos primeros cuentos no se relatan crímenes ni guerras, si se ponen aparte «El llano en llamas» y «La cuesta de las comadres». Pero en «Diles que no me maten» sí se narra un crimen: el asesinato del padre de Juan Rulfo. «En la familia Pérez Rulfo —los Rulfo una familia muy numerosa, sobre todo, por el lado de las mujeres— nunca hubo mucha paz; todos morían temprano... y todos eran asesinados por la espalda... A mi padre no le mató un peón, no tenía peones, y eso lo ha afirmado erróneamente Seymour Menton en su libro *La cuentística iberoamericana... Lo mataron una vez que huía... y a mi tío lo asesinaron, y a otros y a otros... y al abuelo lo colgaron de los dedos gordos, los perdió... todos morían temprano...*»⁸

Fue en parte para averiguar algunos de estos datos para lo que se hicieron algunos viajes en 1980 al San Gabriel de Juan Rulfo, a ese San Gabriel que el autor de *Pedro Páramo* reconoce como su pueblo natal: «Nací en un pueblo del Estado de Jalisco nombrado San Gabriel, más o menos al sur de Guadalajara, la capital del Estado. En realidad, yo me considero de ese lugar. Allí pasé los de la infancia⁹». En San Gabriel, Tuxcacuexco y Tolimán se entrevistó a personas mayores que conocieron a la familia Pérez Rulfo: de lo que estos individuos contaron se ha formulado la historia de cómo murió el padre de Juan Rulfo. En lo esencial, todos los informantes están de acuerdo. Es cierto lo que dice el novelista: a su padre no lo mató un peón. Lo asesinó el hijo de otro terrateniente, quien, hacia 1925, tuvo una disputa con don Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, dueño de San Pedro, hacienda ubicada cerca del pueblo de Tolimán. Chenó —así se le recuerda todavía en San Gabriel— no tenía peones pero sí empleaba a varias personas que le trabajaban sus tierras. No tuvo problemas con sus empleados pero sí con cierto señor de Tolimán, dueño de unas tierras que lindaban con las de San Pedro. Por «un asunto de unos animales (gano) que se habían metido en los terrenos de San Pedro»¹⁰, riñeron. El hijo del terrateniente, al parecer, quedó más enojado que su padre y fue

⁶ ROFFÉ, p. 52

⁷ GORDON, p. 168.

⁸ ROFFÉ, pp. 30-31.

⁹ ROFFÉ, p. 42.

¹⁰ Se citan las palabras de uno de los informantes de San Gabriel.

a discutir «acaloradamente con Cheno». Iracundo, el joven «se fue hacia el Paso Real, donde existía una tiendita en que una mujer vendía, entre otras cosas, licor¹¹»: allí empezó «a beber y cuando a las pocas horas vio pasar a caballo a Cheno y a uno de su mozos, salió a continuar la disputa que hasta entonces había sido sólo pleito de palabras... A unos dos kilómetros del Paso Real hay un arroyo y un lienzo con su puerta. Se pararon y el mozo se adelantó para abrir la puerta. Dejó al joven, que los había seguido, detrás de Cheno y entonces ocurrió lo que no se esperaba. Guadalupe Nava sacó la pistola y disparó una bala en la nuca de Cheno». Nótese que aquí por primera vez aparece el nombre del asesino: Guadalupe Nava, y recuérdese que, en el cuento, el protagonista se llama Juvencio Nava. De modo que si al personaje del relato se le da el apellido del verdadero asesino, ¿por qué no se le pone el mismo nombre de pila? ¿Por qué Juvencio? Ya se sabe que Rulfo ha dicho que cuando narra «hechos biográficos sucedidos y tomados de la realidad» los atribuye «a otro individuo». Acaso también se debe tener en cuenta que con el nombre de Juvencio se capta el hecho de que el asesino de Juan Nepomuceno Pérez Rulfo era joven. Según un informante, tendría dieciséis o diecisiete años; según otros, había cumplido los veinte. Pero todos los informantes aseguran que se trataba de un joven. ¡Curiosamente el nombre «Guadalupe» perdura en el cuento como nombre de la víctima y no del victimario!

No hay que olvidar la toponimia del cuento. Si Juan Nepomuceno Pérez Rulfo era dueño de la hacienda de San Pedro, ¿por qué en el cuento Terreros es el dueño de la Puerta de Piedra? ¿Será demasiado aventurado sugerir que en el nombre ficticio de la hacienda se transparenta el de San Pedro? ¿No son las llaves de las *puertas* del cielo que se le confían a San Pedro (Petrus o Piedra)? Y en el nombre del rancho donde vive Juvencio Nava —Palo de Venado— se deja ver un lugar que debe estar a unos cuantos kilómetros de San Pedro: Mazatlán. No se alude a la ciudad, al puerto famoso de Sinaloa, sino a un pueblo en el Estado de Jalisco que existía antes de la Conquista. Mazatlán en náhuatl quiere decir «donde hay venados», y en ese Mazatlán cerca de San Pedro se adoraba a un venado de piedra¹² y los indios jugaban el conocido juego del palo¹³. En cuanto al tercer lugar mencionado en el relato —Alima—, no hay que olvidar que Guadalupe Nava era originaria de Tolimán, que en tiempos pasados también se conocía como Tolima.

¹¹ Se sigue la versión del informante de la nota 10.

¹² ENRIQUE TRUJILLO GONZÁLEZ, *Apuntes para un ensayo histórico de San Gabriel* (Guadalajara, 1975), p. 17.

¹³ TRUJILLO GONZÁLEZ, p. 119.

Se debe señalar que del cuento ha desaparecido la tiendita de Paso Real, el camino a la Rajadura, el lienzo y su puerta, el mozo, el nombre verdadero de la víctima, pero han sobrevivido el novillo, la disputa, las amenazas, los hijos tanto de la víctima como del asesino. El asesinato se describe así por el Coronel: «Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo encontraron, tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia». Según los informantes, no fue así: Rulfo recarga su narración de detalles sangrientos para reforzar la congoja que ha experimentado el Coronel y porque debe recordar lo más horripilante para tratar de justificar el acto de venganza.

En el cuento hay sólo dos hijos («solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas»), mientras que en la vida eran cuatro hijos: tres niños y una niña. Y en el texto se agrega: «Y la viuda pronto murió también dizque de pena.» Según los informantes, María Vizcaíno, madre del novelista, murió a los treinta y un años en 1927, dos años después de la muerte de su esposo. También lo que sigue en el relato es cierto: «Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes.»

No hay manera de eludir el hecho de que la narración refleja el íntimo drama personal del autor y de que, en efecto, constituye una autorrepresentación, aunque algo oblicua. Se percibe el efecto del espejo más claramente en la figura del Coronel (Rulfo o su contraparte, proyectado abruptamente en el relato, habla por la boca de ese personaje, quien después de todo es el hijo del asesinado). Es ahí en el texto cuando se explica a qué se debe la intransigencia del militar que el autor se revela vulnerable, muestra el corazón desnudo; es decir, levanta el espejo lo suficiente como para retratar lo que lleva en lo más profundo del alma: «Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó». Es el Coronel y el autor quienes hablan en este momento y entonces Rulfo no pudo menos que tener conciencia de que su narración no es más que obra de lenguaje, juego de la imaginación, puesto que su padre no se llamaba así —todo lo contrario, le da el nombre de pila de su asesino—, pero esto no impide que se sienta confundido por tantas emociones contradictorias y en este punto en el texto le agrega a su anécdota elementos enteramente ficticios (relata que matan a su padre a machetazos).

Verdad es que al asesino del padre de Rulfo nunca se le encarceló: cuando lo buscaban, desaparecía, así como lo dice Juvencio Nava en el cuen-

to: «yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo sólo verdolagas. A veces tenía que salir a medianoche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida». Para Gary Brower: «La esencia de la vida de Nava es destruida por la muerte de don Lupe, su vida desaparece en huida y sufrimiento y temor. Muere mil veces por un solo acto de violencia...»¹⁴ Aceptando esta lectura, el asesinato constituye también el suicidio de Juvencio porque allí termina la vida normal: los años subsiguientes los pasa penando, huyendo a donde y como puede. Pero el relato se puede leer de diversas maneras.

En una lectura algo literal se justifica el fusilamiento de Juvencio. Don Lupe tenía razón al defender su terreno contra la invasión del ganado de Nava, ya que éste no acepta la responsabilidad de sus novillos. Juvencio derrama la sangre de don Lupe de manera cruel y luego se burla de la justicia por treinta y cinco años. Aunque al coronel lo mueva la venganza, tiene bastantes razones para justificar el fusilamiento; no hace nada más que cumplir un acto de justicia en esas tierras calientes donde nunca se puede depender del sistema jurídico. Y en otra lectura el Juvencio de la narración, el arrestado, no es el asesino de hace treinta y cinco años. Juvencio tiene razón: «Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él». Ya ha pagado su crimen con todo lo que ha sufrido: lo ha abandonado su esposa y ni siquiera le ha dado su nombre a sus hijos («Según eso, yo soy tu hijo», dice Justino; y los informantes sostienen que a los hijos de Guadalupe Nava se les puso el apellido de la madre). Además, Juvencio «tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo su compadre, le negó el pasto para sus animales». Y lo que es más: el Coronel lo manda fusilar no para hacer justicia, sino para satisfacer su rencor: «Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ése... No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca.»

J. Hillis Miller dice: «Truth as reproduction leads to truth as revelation, for we see things in their imitations, that we have passed in reality a hundred times without seeing. Mimetic art removes the veil of familiarity from the world»¹⁵. Al escribir su cuento, Rulfo acaso empieza creyendo que contaba la historia de la muerte de su padre, pero al tratar de

¹⁴ GARY BROWER, «Diles que no me maten: aproximación a su estructura y significado», en *Nueva Narrativa Hispanoamericana*, III (septiembre, 1973), p. 234.

¹⁵ J. HILLIS MILLER, *Nature and the Victorian Imagination*, eds. U. Knoepfelmacher y G. Tennyson (Berkeley, Univ. of Calif. Press, 1977), p. 441.

imaginar la vida del otro, el relato se le escapa. Entonces la narración resulta no la representación del asesinato de su padre, sino la de la vida y muerte del asesino. Ya no imita la realidad; la crea. Y su visión del pasado cambia. Ahora «entiende» intuitivamente al asesino. Por tanto, se apaciguan los poderosos impulsos de venganza y queda atenuado el desgarramiento psíquico. Por dentro siempre podrán subsistir deseos de deshacer el pasado, pero por primera vez entiende que Guadalupe Nava de Tolimán (el Juvencio del cuento) es también víctima. Por esa razón el asesinado llevará en el texto el nombre de Guadalupe. Y se juxtaponen, como si fueran comparables, el asesinato y el fusilamiento. «¿Dónde queda la justicia en este asunto?», se pregunta Brower. «Al principio simpatizamos con un viejo que rueda por su vida. Después dudamos de nuestra primera simpatía cuando se revela el asesinato de don Lupe. Entonces, pensamos en la vida de sufrimiento y simpatizamos con Juvencio otra vez. Y al fin encontramos lo más problemático de la cuestión de justicia cuando es revelado quién es el Coronel y la manera en que murió su padre...»¹⁶

Ricardou afirma que en la autorrepresentación se descubre sobre todo «l'un des mecanismes par lesquels s'organise cette fiction»¹⁷. Así es que, en «Diles que no me maten», Rulfo logra comunicar más de lo que se proponía. Por eso vacila el lector ante los trágicos acontecimientos que se narran. El autor trasciende lo meramente anecdótico para captar la zozobra, el dilema emocional, la disyuntiva vital, esa «comezón» nerviosa que lo compele a escribir su maravilloso texto.

ALBERTO J. CARLOS

State University of New York at Albany

¹⁶ BROWER, p. 232.

¹⁷ JEAN RICARDOU, citado por Bernard Magné en *Texte*, I (1982), p. 71.